

Carlos Montemayor y Gabriel Vargas, dos intrusos en la antropología

Francisco Javier Guerrero*

De niño, alguna vez me dediqué a pasear por las calles de San Antonio, Texas, lugar antaño perteneciente a México, un sitio a mi parecer poco atrayente e insípido. Han pasado los años y de repente me siento situado de nuevo en San Antonio o en algo semejante a esa anglizada (aunque nunca por completo, y menos ahora) ciudad. ¿Por qué a veces siento que estoy en esa urbe antoniesca, o por qué en ocasiones me parece estar ubicado en una red de *malls* y creo caminar por las calles de Houston? ¿Por qué en ciertos momentos me parece que troto por las calles de un barrio neoyorquino?

Aquellos lugares descritos por Manuel Payno, o los caracterizados en las jocosas letras de las canciones de Chava Flores, ¿qué se *fixieron*? Todavía algunos impulsos inconscientes me llevan a donde se vendían los caldos de Indianilla, pero termino por degustar un café en un lugar bautizado con rimbombante nombre anglosajón.

¿No será que eso que hemos llamado *México* está desapareciendo? José Vasconcelos, al igual que Rubén Darío, consideraba a México como un “cachorro del león español”. Al famoso antropólogo Guillermo Bonfil no le parecía que eso fuera cierto y postulaba que México contenía en su seno una civilización: la mesoamericana.

El país que vio nacer a Hidalgo y Juárez ha sido siempre —o casi— una zona del planeta difícil de escudriñar, explorar, comprender y entender; es una nación que multitud de veces ha sido negada como tal, alegándose que su territorio no alberga espacios realmente unificados, que sus poblaciones son hartamente heterogéneas, que a pesar del predominio de la lengua castellana contiene en su interior una multitud de idiomas, que aunque se proclame la existencia de una cultura nacional, en realidad es el escenario de múltiples culturas, en muchos casos no solamente distintas, sino antagónicas; se sostiene que es un país pluricultural, pero dominado por el monoculturalismo. A pesar de que nunca han faltado analistas que plantean que ha habido épocas en que México ha tenido “Estados fuertes” —como en los periodos presidenciales de Juárez o de Cárdenas— casi toda su historia se ha caracterizado por las debilidades de sus configuraciones estatales. Y aunque algunos gobernantes han agitado las conciencias gritando a los cuatro vientos que ya somos miembros del “primer mundo”, millones de personas en el país llamado “azteca” —y en otros sitios del globo terráqueo— piensan que el mal principal de nuestra nación es el atraso histórico.

Y en este marco no se puede dejar de lado un fenómeno que, para nuestros intereses, puede ser en ocasiones ventajoso, en otras terrorífico, a veces benéfico, en muchas otras perjudicial,

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

más siempre presente y omnipotente: la vecindad de México con el país más poderoso del mundo. País que posee un gran predominio económico, en casi todas partes del mundo, que influye protuberantemente en las decisiones políticas que se toman en otros países, que convierte a la llamada “globalización” en una estadounidense: que impone sus pautas y patrones culturales incluso en las regiones que hace unos cuantos años eran las más aisladas del planeta. Ya en 1970, refiriéndose a los asistentes al festival de Avándaro, Carlos Monsiváis planteaba que ellos eran “la primera generación de estadounidenses nacida en México”; el escritor mexicano-estadounidense Tomás Ibarra Frausto sostiene que en un futuro muy próximo todos los mexicanos seremos chicanos y hay quienes apoyan una posible anexión de tierras mexicanas por parte de Estados Unidos, considerando que sólo así podemos salir del subdesarrollo. Con todo, no hay que olvidar que el famoso liberal del siglo xix, Ignacio Manuel Altamirano, planteó que los mexicanos volverían a ser dueños de las tierras que el expansionismo estadounidense nos arrebató en 1848, y que lo harían pacíficamente (por algo la llamada “Ley Arizona” es un instrumento jurídico que se configura como arma para impedir el crecimiento de la influencia latina en la patria de Washington).

Para entender a México —entidad a la cual algunos consideran un arsenal de enigmas y otros una caja de Pandora ya desgraciadamente abierta—, filósofos, literatos, cineastas y videoastas, músicos, pintores, profesionistas en diversos campos y gente, a la que se denomina común y corriente, han convergido en una empresa que al parecer es más difícil que la obtención de la copa mundial de fútbol por México: conocer al monstruo desde sus entrañas (como decía José Martí refiriéndose a Estados Unidos).

Y muy en especial, emergen los antropólogos casi como un producto privilegiado de la revolución iniciada en 1910. Ciertamente, México durante gran parte de su historia ha sido “una tierra antropológica”, un escenario óptimo para ser asaltado por los etnólogos, arqueólogos, lingüistas, antropólogos físicos y demás practicantes de las ciencias antropológicas, si se toma en cuenta que la antropología se concebía como la ciencia que estudiaba a “las otras culturas” (diferentes de las culturas que definen a la civilización occidental), a las sociedades ajenas a la modernización, a las de “tecnología simple”, a las llamadas por los marxistas “precapitalistas”. El atraso del país devenía la mejor carta de presentación para los antropólogos, y puede afirmarse que ya previamente a la irrupción de éstos en la tierra del Águila y la Serpiente, en nuestros lares ya habían existido una gran

cantidad de “protoantropólogos”, entre los cuales hallamos a esa especie de gran etnólogo *avant la lettre* que fue el padre Sahagún, a fray Bartolomé de las Casas, así como a Alva Ixtlilóchitl, Diego Durán, sin olvidar a los viajeros del siglo xix como Humboldt, Lumholtz, la marquesa Calderón de la Barca y a intelectuales como Manuel Payno y Francisco Pimentel. Después de la erupción de 1910 hallamos a Moisés Sáenz, a Miguel Othón de Mendizábal y a otros, coexistiendo con el que se considera el primer antropólogo profesional mexicano: Manuel Gamio.

Según el colega Guillermo de la Peña, hasta 1968 la antropología mexicana parecía gozar de una certidumbre total respecto de sus metas y problemas de estudio. Era, antes que nada, una antropología nacionalista, había asumido un papel privilegiado en una construcción simbólica de una “comunidad imaginada” para todos los mexicanos. Y otro antropólogo, Juan Luis Sariego, remarca: “En México la antropología en tanto que disciplina científica y sistemática, surgió a partir de las preocupaciones de los primeros gobiernos nacidos de la revolución por integrar lingüística, cultural y económicamente a los grupos indígenas en el conjunto de la nación que vivía entonces un profundo proceso de reconstrucción.”

Los indígenas eran los que pertenecían a las “otras culturas”, los ajenos a la modernización. Era apremiante, se postulaba, que se abrieran al exterior, que abandonaran sus comunidades aisladas, que se convirtieran en *ciudadanos* mexicanos, que produjeran mercancías y no sólo productos de autoconsumo, que a la vez consumieran productos del exterior y tuvieran poder de compra, que abandonaran sus prácticas aldeanas y se involucraran en la cultura nacional y que además aportaran su mano de obra a las pujantes industrias del país.

En este ensayo no me ocupo de la suerte que corrió la antropología indigenista. Baste decir que hoy la población indígena sigue siendo la que sufre en forma preponderante la pobreza, que muchas de sus comunidades se hallan en decadencia y que padecen un proceso de deculturación, que la migración indígena se ha incrementado a los centros metropolitanos y a Estados Unidos y que enfrentan la amenaza de la conversión de sus territorios en sitios para la instalación de compañías transnacionales, emporios turísticos e incluso centros de vicio como casinos, *table dances*, lugares de prostitución y otras “bellezas” de la modernización.

Durante el siglo xx, el Estado creó instituciones que coadyuvaron al ascenso social y económico de las comunidades indígenas, como el Instituto Nacional Indigenista (INI)

y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), que si bien subsisten, navegan con vientos desfavorables en el mar de la globalización empresarial, lo que impele a transformarlas radicalmente frente a ese desafío.

En la actualidad, los antropólogos en México se dedican a estudiar multitud de temas: los conflictos sociales en las urbes, las pandillas callejeras, las películas de *ficheras*, la pornografía infantil, etcétera. Pareciera que se cumple lo que el antropólogo Sol Tax dijo acerca de la ciencia antropológica: "La Antropología es lo que hacen los antropólogos." Además, la antropología ya no es simplemente el registro de rasgos y complejos culturales en sociedades determinadas; de lo que se trata ahora es de hallar el *sentido*, el conjunto de significaciones que comportan las ideologías y prácticas culturales en diversos puntos del orbe. Es aquí donde nos hallamos con un fenómeno que si bien ha existido desde hace mucho tiempo, hoy cobra una relevancia especial: la conformación de un viraje en las ciencias sociales y su empalme con otras formas de conocimiento.

La antropología, la literatura y los cómics

No pocas personas han planteado que para conocer lo que fue la Revolución Mexicana hay que remitirse a los mejores ejemplares novelísticos acerca de ese proceso; es mejor leer a Mariano Azuela, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Nelly Campobello y otros, que fastidiarse leyendo a los historiadores, muchos de los cuales no han sido más que apologistas del oficialismo o sus vitriólicos detractores, dedicándose a elaborar panfletos más que estudios sesudos. Con todo, la historiografía sobre México ha avanzado un gran trecho después de 1968 y en ella han destacado personas mexicanas y extranjeras como Friedrich Katz, John Tutino, Enrique Semo, Patricia Galeana, Felipe Ávila y varios más.

También se ha dicho que las tesis sobre la "filosofía de lo mexicano" son ampliamente superadas en los textos de Carlos Fuentes o de Octavio Paz, o que personajes como los interpretados por *Cantinflas* o *Resortes* nos dicen más acerca del carácter de los mexicanos que los textos clásicos de Samuel Ramos y de varios psicólogos importantes. En este marco, los antropólogos de la primera mitad del siglo pasado no parecen aportar estudios profundos y relevantes al respecto; estudiaban poblaciones de supuesta escasa importancia en la economía, la política y la cultura, mediante análisis casuísticos y casi siempre de forma descriptiva, que no rebasaban los marcos de aldeas locales.

En realidad, los antropólogos han realizado lo que pudiéramos denominar una impresionante "acumulación originaria" de información sobre el país y su hondo carácter pluricultural. Mucha de esta información se ha obtenido de trabajos de campo, que son la base sustancial de la labor antropológica, lo cual no significa que no se lleven a cabo en otros campos de las ciencias sociales, ni que se demeriten las anotaciones de antropólogos que casi siempre trabajan dentro de recintos académicos (un caso notorio es el del gran etnólogo Claude Lévi-Strauss, aunque no hay que olvidar que realizó un extraordinario trabajo de campo en-



tre indígenas del Brasil). El hecho de que muchos antropólogos recorran el país, viajando a las llamadas "regiones de refugio", que convivan con poblaciones llamadas marginadas, que tengan a brujos como informantes o que aprendan a bailar danzas afro-mestizas en la costa de Guerrero, no es nada despreciable. Muchos de los intelectuales e intelectuallitos que aparecen en la televisión, escriben en la prensa o parlotean en la radio, conocen mucho mejor París o Londres que Amatenango, Nombre de Dios o San Juan del Río, lo que no les impide pontificar sobre México.

En términos generales, la antropología mexicana ha carecido de teóricos relevantes y de concepciones holísticas. Sin embargo, en ella encontramos exponentes de gran im-

portancia como Gonzalo Aguirre Beltrán, Ángel Palerm, Ricardo Pozas, Mercedes Olivera, Margarita Nolasco, Arturo Warman, Héctor Díaz Polanco, Roger Bartra y no pocos más. Me parece que, por ejemplo, la obra de Aguirre Beltrán —que siempre fue nuestro adversario ideológico— nos informa mucho más acerca de lo que es México que todo lo que postularon los “filósofos de lo mexicano”, algunos discípulos mediocres de Erich Fromm y las risibles percepciones que sobre el país tienen las televisoras comerciales o los suplementos turísticos de varios periódicos.

En la actualidad la antropología se desenvuelve tratando de alcanzar mayor rigor científico al impulsar trabajos colectivos e interdisciplinarios. En este texto no me ocuparé de este hecho que he abordado en otros estudios, sino que me ocuparé de lo que consideramos una concepción antropológica por parte de personas que no son antropólogos, y para ello ejemplificamos con dos casos, con dos personas desgraciadamente fallecidas recientemente: Carlos Montemayor y Gabriel Vargas.

La pasión de Montemayor

No cabe duda que la desaparición de Carlos Montemayor es un fuerte golpe a la cultura contemporánea de nuestro país, en un marco social en donde ésta resiente tremendamente

las agresiones en su contra y la difuminación de muchos de sus aspectos centrales, así como la débil presencia de sus impulsores más sólidos.

Montemayor nació en 1947 y por ello considero que pertenece a una generación *sandwich*. Con ello planteo que nace en un México tradicionalista, plagado de nostalgias rurales, machista, xenófobo, anacrónico y temeroso de abrirse al exterior. Un México “encerrado en un jarrito de Tlaquepaque”, como afirmaba Carlos Fuentes refiriéndose al pensamiento de Gastón García Cantú (lo cual era una imputación injusta). Pero ya en la década de 1960, el país sufría una rápida transformación; avanzaba la industrialización, se urbanizaban múltiples sitios, se diversificaban las clases sociales (en particular existió lo que se llamó un *boom* de los sectores medios), crecieron los procesos migratorios y se incrementaron y profundizaron los movimientos sociales de impugnación al sistema político vigente, proliferando entre ellos los de origen campesino, los de raigambre proletaria y los que expresaban demandas femeniles y juveniles (lo que ulteriormente se expresaría en el movimiento estudiantil de 1968).

Montemayor, originario de Chihuahua, fue especialmente sensible a estas mutaciones, e incluso recuerdo que cuando leía a autores clásicos de la antigüedad greco-romana se preguntaba qué lecciones podían derivar de ese conocimiento para poder incidir en la realidad del país y



buscar su mejoramiento. Experto en lingüística y filología, se abrió al conocimiento de acontecimientos como los movimientos sociales para dejar de lado la “tepalcatería” en el campo lingüístico; con ese término me refiero a cierto tipo de arqueólogos que se dedican simplemente a buscar, recolectar y clasificar “tepalcates” sin atender las características de los seres humanos que elaboraron esos artefactos y remanentes del pasado. En el campo de la lingüística se encuentran no pocos émulos de esas actitudes, pero Montemayor se hallaba en las antípodas de las mismas.

No me voy a referir aquí al *currículum* exuberante de este intelectual, que tuvo una vasta obra en los terrenos de la literatura, la poesía, el ensayo, la crónica y sus trabajos de lingüística, resaltando además su capacidad como traductor de lenguas clásicas. Uno de los conocimientos más sólidos de su labor fue el estudio y análisis de movimientos sociales que pusieron al desnudo los caracteres más sustanciales de la mecánica del poder y los factores esenciales de la impugnación social en México; al respecto, entre sus obras más señeras hallamos *Guerra en el Paraíso*, *Chiapas*, *La rebelión indígena de México*, y *Los pueblos indios de México*, entre otras. Fue además un prominente impulsor del conocimiento de las lenguas indígenas del país y de su difusión, contribuyendo a que ellas se asienten sobre bases idóneas para su desarrollo y enriquecimiento; en sus últimos días, colaboró con la Universidad Nacional Autónoma de México en la elaboración de un diccionario de la lengua náhuatl.

Si comparamos a Montemayor con otro notable intelectual, por desgracia también fallecido en 2010, notaremos que no hay bases para una equiparación. Me refiero a Carlos Monsiváis, cuyos métodos de reflexión y trabajo eran distintos de los de Montemayor. Según Octavio Paz, Monsiváis no tenía ideas, sino ocurrencias. Pero aquí lo que cabe resaltar es qué *tipo* de ocurrencias eran. En Montemayor, la utilización del método científico en varias de sus investigaciones tiene un toque “hegeliano”, mientras que en Monsiváis el torrente de “ocurrencias”, pensamientos agudos e incisivos, sus chistes y chascarrillos, sus penetrantes comentarios, remiten a una herencia cercana a Nietzsche, si recordamos que incluso algunas personas niegan que ese portentoso pensador alemán haya sido un filósofo, ya que como el mismo lo declaraba, “odiaba la noción de sistema”. De hecho, muchos de sus textos son colecciones de aforismos; es decir, de “ocurrencias” que, sin embargo, han tenido una influencia preponderante desde el siglo XIX hasta nuestros días.

El año de 2010 no ha sido fructífero para el medio intelectual en la nación que vio nacer a Alfonso Reyes y a José Vas-

concelos; en este año también murió Gabriel Vargas, insólito dibujante y notorio humorista; creador de una obra maestra del cómic: *La familia Burrón*. Esta historieta, al principio menospreciada por no poca gente, es una soberbia expedición a un submundo urbano de nuestro país, habitado por personajes estupendamente delineados y con resaltante identidad propia: *La Borola*, *Don Regino*, *Cristeta Tacuche*, *Avelino Pilon-gano*, etcétera. Vargas exploró ese micro-universo con gran profundidad y con ello culminó una obra que nos dice mucho más que varios trabajos sabihondos sobre la ciudad de México; me atrevería a proclamar que en el campo de la historieta equivale a lo que en la esfera de la novela significó *La región más transparente* de Carlos Fuentes.

Se dice en la actualidad que los antropólogos estudiamos los fenómenos culturales, entendiéndolo por ello no sólo la elaboración de sus descripciones, sino el descubrimiento de sus núcleos significativos: las razones fundamentales de su existir. Si ello es así, Montemayor, Monsiváis y Vargas han sido unos “metiches” en el campo de la antropología, aunque los pensamientos e ideas que aportaron han enriquecido el acervo de saberes antropológicos.

Montemayor en sus textos literarios y Vargas en sus historietas —no sólo creó *La familia Burrón*— procrearon mundos de ficción que coadyuvaron poderosamente a profundizar en sus contenidos fundamentales. La literatura y las buenas historietas descubren aspectos ignotos, fomentan la imaginación y ponen al desnudo elementos que escapan a diversas investigaciones científicas. Así, por ejemplo, Julio Verne rastreó potencialidades ocultas en la ciencia de su tiempo, al igual que H.G. Wells, y con ello impulsó a través de sus afanes literarios a catalizar la propia investigación científica; Proust y Dostoievski ahondaron en las entrañas de la psique humana e inspiraron a Freud y otros grandes psicólogos, mientras que alguien como Michael Crichton puso al descubierto ciertos continentes oscuros de la biología.

Por todo ello hay que darle la bienvenida a Montemayor y Vargas al territorio todavía muy inexplorado de la antropología.

Bibliografía

- De la Peña, Guillermo, “Los debates y las búsquedas: ayer, hoy y mañana”, en Guillermo de la Peña y Luis Vázquez (coords.), *La antropología sociocultural en el México del milenio*, México, FCE, 2002.
- Sariego, Juan Luis, “Propuestas y reflexiones para una antropología del norte de México”, en Guillermo de la Peña y Luis Vázquez (coords.), *op. cit.*

Líneas de sombra y trazos de escritura: literatura y antropología

Raymundo Mier G.*

Modernidad, literatura y antropología: genealogías convergentes

La relación íntima entre antropología y escritura, a pesar de ser patente, escapa una y otra vez a la reflexión. Infunde un extraño desasosiego: se transforma en un olvido sobre el lenguaje mismo de la antropología y sobre la naturaleza de su relato. Es también un olvido de su propia historia. En el texto antropológico, las huellas de la escritura se eclipsan bajo los presupuestos de un género literario propio que se pretende al margen de la ficción; la etnografía funda sus propias exigencias narrativas sobre su propio espejismo: su presuposición de verdad. Adopta modalidades específicas de argumentación, forja sus criterios de validez, asume condiciones propias para apuntalar su verosimilitud. Marcos históricos, epistemológicos, incluso geográficos, señalan las particularidades de los diversos relatos de la antropología, orientados a la comprensión de otros pueblos, otras culturas. La alianza con lo literario no es reciente. Es constitutiva, se arraiga en la genealogía que comparten. Ambas surgen de una mirada en los umbrales de la ilustración. Ambas emergen de la mirada europea, de las fantasmagorías de su supremacía, pero ambas son también miradas orientadas hacia otro sitio, el otro. Arrancadas de sí mismas, exorbitantes. No obstante, llena de sí misma, la mirada europea asume una voluntad y un deseo de desarraigo que se expresa en la fascinación de lo folklórico, en la ebriedad del exotismo y en el acecho antropológico.

La genealogía del relato de la antropología moderna se confunde con los relatos de viajes de exploradores y conquistadores, con los informes y reportes burocráticos de las oficinas de las colonias, con las consignas y testimonios de las pedagogías confesionales, condenas y utopías de misioneros amparados por diversos emblemas. Desde los impulsos germinales, postrenacentistas, de la modernidad, pero sobre todo desde finales del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX, la escritura europea se volcó al reconocimiento e invención de los otros: los que radican más allá de las fronteras en los territorios vedados por el horizonte de la mirada. Esos territorios son, en principio, de las culturas colonizadas, pero también de aquellas que permanecían inaccesibles a la vocación de integración y de inteligibilidad de la modernidad. Pueblos reticentes, desdeñosos de la impaciencia moderna, replegados sobre su propio tiempo, al margen de la historia tejida desde esa "centralidad" europea, arrogante y degradante, surgida de la avidez del capital y de sus precarias racionalidades. En el siglo XVIII, la exigencia de la comprensión histórica de "los

* Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco/Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.